

SARTRE Y EL PREMIO



JEAN Paul Sartre ha renunciado al premio Nobel de Literatura. Se anticipó al fallo de la Real Academia sueca y comunicó a este organismo su determinación, un par de días antes de que fuera hecha pública la votación que le convertía en el onceavo de los premios Nobel de Literatura adjudicados a escritores franceses desde que se fundó la institución. Su precaución fue inútil porque de todos modos, con renuncia o sin ella, era ya el premio Nobel de este año. Sin llegar al escándalo, la determinación de Sartre ha tenido eco suficiente en todo el mundo para que Sartre sea de nuevo glorificado por este motivo. Las razones que con posterioridad ha dado a conocer para justificar su actitud son de diversa índole. Unas, de tipo personal; otras, de orden político; las otras, de naturaleza literaria. Ninguna de ellas es suficientemente convincente. Naturalmente que Sartre podía no haber explicado la menor cosa, porque la renuncia de un premio puede —y casi debe— hacerse sin justificación. Pero caso de hacerla, las razones que diera habían de ser definitivas. No lo son seguramente por la vaguedad que tiene a veces el periodismo, que a base de concentrar telegráficamente las cosas las embarrulla y mixtifica. Dice Sartre, entre otras cosas, por ejemplo, que el premio significaría una coacción para sus lectores, que hasta ahora le han temido por hombre independiente; o que no se atreve a comprometer al premio con sus actitudes y posturas; finalmente ha dicho: "Durante la guerra de Argelia, cuando firmé el manifiesto de los 121, yo habría aceptado con reconocimiento el premio que ahora se me ha concedido, cuando ya han terminado los combates". A través de esta frase se advierte, con transparencia, que a lo que ha renunciado Sartre no es al premio, sino a su oportunidad. En otras palabras, el premio le llega demasiado tarde.

Sin entrar a fondo en todas las razones que hayan inducido a Sartre a renunciar, que son muy suyas y respetables, creemos, sin embargo, que, con la renuncia, Sartre ha jugado una mala pasada a la Institución de Estocolmo y a lo que significa. Ha tildado al premio Nobel de beligerante y de instrumento claro de Occidente frente a Oriente. Achaca a la Academia sueca el parcialismo de haber consagrado en todo el mundo a Pasternak, escritor que no gozaba de la consideración oficial de la Rusia soviética y cuyo humanismo podía legítimamente ser considerado como una disidencia de la doctrina y de la ideología comunista.

Las razones y la inflexión que Sartre da al tema de la división ideológica del mundo son claras con esta justificación. Pero no llegan a ser convincentes, por lo menos para nosotros, porque mucha gente cree que no hay una división estricta entre las culturas, como pueda haberla en la economía, en la política o en la sociología. La divergencia que pueda haber entre el Este y el Oeste no debería, a juicio de muchos, comprometer a esas culturas, que están por encima o al margen de la contingencia política, económica o social. En este sentido se ha esforzado en actuar, y es cierto que no siempre con fortuna, la Real Academia sueca. Al correr de los últimos años ha intentado aproximarse a las figuras que en Occidente revelaban una sugestión marxista, mientras consagraba a otras que se acercaran en Rusia al humanismo occidental. Labor de aproximación y alternativa que excluía en varias ocasiones la ponderación del "arte por el arte" y que ponía a los electores en el compromiso de balancear sus gustos y fraccionar su criterio. Y, ¿quién puede saber en este terreno dónde está la verdad? La mayoría de los intelectuales que sintieron hace treinta años la atracción del mundo ruso, y por tanto del soviétismo, lo hicieron a través de la lectura de Dostoievski y de Tolstói, ambos bandeados hoy de toda consideración en el mundo soviético, sobre todo el primero.

Las razones que aduce Sartre para negarse a recibir el premio Nobel, y hasta su propia actitud en este caso, no excluyen, antes acentúan en él la filiación que tiene, que es la de un escritor francés, nacido en París, húmedo de la bruma y de la sustancia espiritual de Francia; y precisamente de la burguesía de Francia, a pesar de sus preocupaciones cosmopolitas. Existe una cultura europea, en la cual él, quiera o no, concibe con Pasternak y Dostoievski.

La cultura es, por sí misma, "coexistencia pacífica". No existe un género "burgués" o un género "proletario" de cultura cuando ésta pretende de verdad atrapar la vida en su conjunto. Las grandes novelas de la burguesía del siglo pasado eran como eran porque su siglo era burgués. Pero aun en los grandes libros, esa discriminación aparece con líneas tan confusas que resultaría imposible ponerles determinada etiqueta social. Fortunata y Jacinta, ambivalentes, resumen las virtudes y los defectos de una sociedad entera. Y un concepto universal del escritor debería, en lo posible, traspasar las fronteras del Este y del Oeste, y eliminar por su cuenta y preciamente cualquier clase de muros de la vergüenza.

Pero Sartre reincide en aplicarse la condición de escritor "comprometido" hasta el final, cuando llegan los lauros. La atracción que su literatura ha producido en las generaciones más jóvenes, principalmente en los años siguientes a la guerra, las verdades que contiene su teatro podían, ciertamente, haberle valido la distinción suprema del Nobel muchos años antes. Era, quizá, el temor a ese "compromiso" el que hizo vacilar el criterio de los otorgadores del Premio e inclinarles hacia Camus hace años; Camus, más joven que Sartre, con una obra menos significativa, pero con una faz de intelectual puro, que no excluía una postura política y social bien definida.

"Lo comprendo, pero no lo apruebo", ha dicho Mauriac, refiriéndose a la negativa de Sartre. Se podría retocar: "Lo comprendo, pero no lo admiro". Pese a que, en principio, cause admiración una renuncia que comporta un valor material sustantivo para un escritor.

La última obra de Sartre, y la que ha dado seguramente ocasión a que la Academia sueca colocara de nuevo su nombre como candidato de primer rango al Premio, ha sido "Les mots", breve pero elaborada y sustantiva narración, en primera persona, de recuerdos de infancia del escritor. Menos intencionada que el resto de sus obras, pero con la impronta segura del pensamiento de su autor, que abunda en consideraciones y definiciones a menudo deslumbradoras, "Les mots" es un principio de madurez, de seguridad y de equilibrio. No hay en ella la literatura disquisitiva y, a veces, farragosa que destruye, en otras novelas de Sartre, la arquitectura y la línea general. Es ésta una obra de una caligrafía precisa, sin titubeos ni interferencias. Y nos parece que en ella se contienen las mejores páginas del autor de "Les mains sales".

También está allí Sartre enteramente, no en sus lucubraciones íntimas, sino en la figura y en la presencia individual. El libro tiene aquello que es muy difícil de hallar en las "memorias", y que Tolstói calificaba de condición sustancial para que éstas fueran vivas y eficaces: la sinceridad. "Les mots" es un libro acerbamente sincero, dolorosamente sincero. Las figuras del contorno del joven Sartre, y el contorno mismo, con sus objetos y su luz, acentúan la total soledad del muchacho que va creciendo a la vida y en el cual ya se prefiguran todos los rasgos de la personalidad. Este libro está bañado de una atmósfera de extraña poesía. Las figuras son extraordinarias y el modo como Sartre las dibuja es magistral: hasta las que no han existido en la experiencia del autor, como las de su padre, quedan impresas con un relieve trágico y mágico. La de su madre cruza por el estilo del autor y en mitad de sus disquisiciones con una precisión fabulosa. Es un libro sincero, abnegadamente sincero, en el que no hay deliberaciones inútiles. Nos agrada que Sartre fuera siempre como es aquí.